

Jacques Revel

LAS CONSTRUCCIONES FRANCESAS DEL
PASADO
LA ESCUELA FRANCESA Y LA HISTORIOGRAFÍA DEL
PASADO

Prefacio a la edición en español

Este librito no fue pensado, originalmente, como una obra autónoma. En cuanto a lo esencial, retoma la larga introducción que redacté para el volumen que publiqué en 1996 con una historiadora americana, Lynn Hunt, bajo el título *Histories: French Constructions of the Past*.¹ Primero de una serie de cuatro tomos dedicados a las evoluciones del pensamiento en Francia desde fines de la Segunda Guerra Mundial, presentaba las tendencias de la historia y de la historiografía francesa. Se trataba de un pedido del editor -él mismo franco-americano- preocupado por permitir que un público tradicionalmente aficionado a las novedades intelectuales parisinas las ubicara en sus contextos, en los debates que las habían originado o que habían generado, y, ante todo, por suministrar los textos en que se expresaban. Por el hecho de haber enseñado con frecuencia en los Estados Unidos desde hacía un cuarto de siglo, yo había podido medir hasta qué punto las transferencias culturales son difíciles y a menudo riesgosas: por supuesto, lo son cuando la tonalidad dominante es la reticencia, hasta la hostilidad, pero, en cierto modo, no lo son menos cuando la recepción es favorable y declarada la empatía. Entonces, la situación se presta de buena gana a los malentendidos y contrasentidos. Puede ocurrir que de estas dificultades de comunicación nazcan hallazgos ingeniosos, en ocasiones, incluso, proposiciones nuevas. Pero, por desgracia, el caso más frecuente es el de una incomprensión duradera, tanto más desfavorable cuanto que adopta la forma de una recepción aparentemente positiva. (Es evidente que los fenómenos tan conocidos que aquí describo de manera demasiado somera no caracterizan únicamente la recepción americana de las ideas francesas, ni mucho menos: a todas luces acompañan -o corren el riesgo de hacerlo- todo movimiento de circulación cultural, sea cual fuere su dirección.) Y fue

con la intención de prevenir este riesgo que, en la medida de lo posible, de acuerdo con Lynn Hunt, tomé la iniciativa de poner al comienzo de nuestro libro este largo ensayo destinado a cuestionar algunas ideas recibidas.

A nuestro juicio, la tarea era tanto más necesaria porque, desde los años setenta, los Estados Unidos parecían haber descubierto la historiografía francesa y, singularmente, la de los *Annales*. Sin embargo, no eran los primeros en hacerlo. La Europa mediterránea –el mundo de Fernand Braudel– y la América Latina desde hacía largo tiempo los habían precedido en esta senda, mientras que los historiadores anglosajones más bien habían marcado cierta reserva, como mínimo, ante las proposiciones francesas. Luego todo cambió brutalmente, por razones que quedan por estudiar de forma seria. La traducción, largo tiempo demorada, de la obra maestra de Braudel, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, en 1972, puede servir aquí de punto de referencia. Este grueso libro erudito y difícil suscitó un amplísimo interés, más allá incluso del círculo de los historiadores profesionales. Iba a ser seguido de una ola masiva de traducciones de historiadores franceses de primer orden (Le Goff, Duby, Le Roy Ladurie, Furet, Agulhon, para destacar algunos nombres famosos), pero también de investigadores no tan conocidos, a través de la publicación de antologías de ensayos franceses surgidos, en particular, de los *Annales*. Al mismo tiempo que las ideas, se engranaba una circulación de los hombres, en ocasiones de los hombres con sus ideas. Los historiadores franceses de mi generación se beneficiaron con ese movimiento impetuoso, activado por un reconocimiento simpático, caluroso, que los puso felices. Tal vez, no siempre prestaron la debida atención en poner en guardia a sus nuevos interlocutores contra las simplificaciones abusivas y los errores de apreciación. Como es el caso más frecuente, el mensaje de partida era estilizado, en ocasiones al punto de volverse irreconocible y hasta incomprensible. La moda que se apoderó de los *Annales* en los años setenta y ochenta, y que, a partir de los Estados Unidos, se difundió ampliamente a través del mundo, dio al movimiento historiográfico francés una notable visibilidad. En ocasiones trajo aparejado verdaderos intercambios, debates fructíferos. Pero también fue –y sin duda mayoritariamente– un fenómeno de superficie, entorpecido por las certezas aproximativas y los malentendidos, sin profundización real de los programas y sus considerandos. Luego, la moda probablemente pasó, y sólo subsistieron los lazos más sólidos, por lo cual es conveniente felicitarse. Ante todo, este texto fue pensado y escrito para responder a ese déficit de comunicación. Durante mucho tiempo, la reflexión historiográfica fue un pariente pobre en la producción histórica francesa, contrariamente a lo que ocurría en Alemania o Italia, por ejemplo. Se sospechaba su inutilidad y el hecho de desviar los esfuerzos de los historiadores de campo, que eran los que realmente importaban. Aquí encontramos la

continuidad de una tendencia que dura desde el último tercio del siglo XIX, por lo menos: los historiadores franceses, muy marcados por el positivismo, que fue la ideología científica dominante en su país desde los años de la Tercera República, manifestaron duraderamente una reticencia fuerte tanto respecto de la filosofía de la historia como para con la epistemología de su disciplina y, más ampliamente, la historia de la historia. La historia positivista –o mejor, positiva–, que era dominante a fines del XIX y principios del XX, ilustra claramente tales prevenciones. Pero los *Annales*, que la criticaron de forma tan severa, en gran medida las compartieron. No porque sus figuras más famosas hayan sido avaras de textos de reflexión general, de proposiciones programáticas, de posiciones críticas o polémicas: pensemos en los *Combates por la historia*, de Lucien Febvre; en la *Apología para la historia*, de Marc Bloch; en los *Escritos sobre la historia*, de Fernand Braudel, en otros más. Pero en esos grandes textos, la dimensión historiográfica –o sea, la dimensión reflexiva de la disciplina sobre ella misma y sus transformaciones–, la mayor parte de las veces es secundaria, cuando no ausente. Ocurre que los intereses centrales de sus autores estaban en otra parte: del lado de la reflexión y de la proposición metodológicas en particular o, incluso, en la fijación de programas de investigación razonados. Muy particularmente, éste es el caso de los *Annales*, totalmente dirigidos hacia la invención de nuevos campos y desarrollos originales. No dudo de que, de haberse desviado de interrogaciones demasiado narcisísticas sobre su propia historia, habrían encontrado una forma de eficacia suplementaria. De este modo, tal vez también perdieron la ocasión de situar mejor lo que era su originalidad. Fue necesario que en Francia comenzara a resquebrajarse el punto de apoyo de las certidumbres positivas que había sustentado el desarrollo espectacular de la historia y las ciencias sociales para que, a partir de los años setenta, surgieran interrogaciones que hasta entonces habían podido permanecer desdeñadas o ignoradas. El libro de Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia* (1971), fue un primer ensayo –provocador, es cierto– en ese sentido: suscitó una ola de reprobación que manifestó a las claras que los tiempos distaban mucho de estar maduros. Algunos años más tarde, *La escritura de la historia* (1975) de Michel de Certeau (y en particular el gran ensayo historiográfico que abre el libro), fue un poco mejor recibido, aun cuando si fue necesario esperar unos diez años para que la obra encontrara un público más amplio. En un género muy diferente, los tres volúmenes de *Tiempo y narración*, de Paul Ricœur (1983-1985), marcaron un momento crucial: no sólo por su importancia propia, sino también porque supieron –sobre todo el primer volumen– encontrar lectores historiadores que ya reconocían en la reflexión del filósofo tesis y cuestiones que en su opinión concernían a su propia práctica. Yo fui testigo y contemporáneo de ese momento de los años ochenta, que no es un fenómeno específicamente francés, pero que en Francia adquirió una dimensión particular porque rompía

con algunas de nuestras más fuertes tradiciones intelectuales, con un régimen de certezas.

Mi práctica personal era entonces la de un historiador de lo social, que había comenzado a aprender su oficio en la movilidad de los *Annales*, como ocurrió con mis compañeros de estudios, luego mis colegas. A comienzos de los años setenta, yo había pasado algunos años de investigación en Italia, un país donde la historia social distaba mucho de haber conocido los desarrollos que se vieron en Francia pero donde, en cambio, la preocupación historiográfica surgida de Croce y de Gramsci era fuerte (y hasta un poco obsesiva). Con una indudable ingenuidad, descubrí autores, textos, cuestiones de las que lo ignoraba todo, como la inmensa obra de Arnaldo Momigliano, una de las que dominan la reflexión historiográfica del siglo xx. Sin embargo, mis lectores permanecían alejados de lo que era mi práctica más cotidiana de historiador. Un feliz azar y la amistad de algunos grandes historiadores –Fernand Braudel, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie, Marc Ferro, André Burguière– se unieron para que, a comienzos de 1975, me confiaran la responsabilidad de los *Annales*, que ejercí durante seis años. Fue una experiencia de una riqueza excepcional para mí, en un momento en que tantas cosas se movían. La revista –y el movimiento cuya riqueza y diversidad expresa– estaba entonces en la cima de su irradiación internacional; no dejaba de proponer e inventar en un generoso desorden, con una vitalidad estruendosa. Sus éxitos y su actividad, su activismo, contribuyeron acaso a demorar el necesario momento de autorreflexión que es requisito de toda aventura intelectual. Por cierto, esta reflexión crítica no estaba ausente de las discusiones entre los miembros del comité de redacción de la revista, pero no creíamos necesario darle una repercusión pública en los *Annales*.

Sin embargo, en los años siguientes, las cosas cambiaron. Todo ocurrió como si las disciplinas que componen las ciencias sociales, en adelante no tan seguras de sí mismas, de sus basamentos y su proyecto, se hubieran vuelto entonces hacia su historia para ubicarse y comprenderse mejor. Fue lo que ocurrió con la antropología, la sociología, la filología, la geografía, que, de manera más o menos convincente, intentaron retornos críticos sobre su génesis y su desarrollo. Fue también, por supuesto, lo que ocurrió con la historia. En la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, donde empezaba entonces a enseñar, un programa de investigación movilizó a varios de nosotros en torno de la experiencia de los *Annales*, que, después de todo, habían sido la principal matriz intelectual de la institución que nos reunía. Algunos estudiantes intentaron la aventura de una tesis en este campo donde todo estaba por hacer, y rápidamente demostraron hasta qué punto la pista era prometedora, hasta qué punto también era grande nuestra ignorancia. En ocasión del cincuentenario de los *Annales*, en 1979, la revista publicó dos artículos alrededor de estas cuestiones: uno de André Burguière, consagrado a los orígenes del

movimiento; otro en el que yo intentaba caracterizar los paradigmas sucesivos de los *Annales*, en una perspectiva que cuestionaba claramente la idea que se tenía entonces de una “escuela” de pensamiento continuo y homogéneo. Ambos textos, que contrastaban con el estilo intelectual de la revista, fueron recibidos de diferente manera. No llegaron a reprocharnos que tocáramos la estatua de los *Annales*, pero muchos no veían con buenos ojos el interés de un retorno semejante sobre el pasado. Sin embargo, no era ésa la opinión de F. Braudel, a quien había sometido mi texto, que se tomó el tiempo de discutir para mi mayor provecho y que me alentó a continuar, cosa que hice de buena gana.

Fácilmente se podrá percibir, al leer este ensayo, que lo que me ocupa en modo alguno es una hagiografía retrospectiva de los *Annales*, a pesar de que, en el cuadro que propongo, a todas luces ocupan el lugar central. El problema que me planteo es doble. Por un lado, comprender mejor cómo una trayectoria intelectual y erudita se inscribe en una serie de contextos que cuestionan toda una gama de recursos y coerciones de índole muy diferentes. Por el otro, reflexionar sobre lo que puede ser la identidad de un movimiento intelectual que se prolonga a lo largo de varias décadas en condiciones que se transformaron profundamente y que cambiaron varias veces, ya se trate de personas, generaciones, dispositivos institucionales, relaciones entre las disciplinas y, por supuesto, grandes inflexiones (o cristalizaciones) ideológicas; un movimiento que creció en número, que rápidamente se difundió fuera de su medio de origen y que se transformó en virtud de tales nuevas condiciones; un medio atravesado, como cualquier otro, por contradicciones, diferentes elecciones, y que sin embargo conservó una identidad reconocible. No creo en la existencia de una escuela de los *Annales*, que sin embargo se evoca con mucha frecuencia; creo con convicción, en cambio, en la existencia de un *movimiento* del que hay que comprender mejor en qué consiste su coherencia y qué es lo que también limita, en ocasiones, dicha coherencia.

La amistad de Enrique Tandeter hace que este texto hoy se convierta en una obra autónoma, lo cual me complace. A partir de 1995, todos los años tuve la suerte de poder enseñar en la Argentina, en el marco del Centro Francoargentino de Altos Estudios de la Universidad de Buenos Aires, pero también en la Universidad Nacional del Centro en Tandil, en la Universidad de Mar del Plata y en las de La Plata y Rosario. Allí desarrollé algunos de los temas de este ensayo y siempre encontré, entre mis interlocutores, estudiantes y profesores, un público interesado en discutirlos y cuya atención crítica me resultó inapreciable. A todos ellos, amistosamente, está dedicado este librito.

Jacques Revel
Septiembre de 2002

Notas:

¹ J. Revel y L. Hunt (comp.), *Histoires: French Constructions of the past*, vol. I de la serie "Postware French Thought", editada por R. Nadaff, Nueva York, The New Press, 1996, xx, 654 pp.